

DESARROLLO DE LA SIDERURGIA EN LA COMUNIDAD VALENCIANA

Inés Planas Navarro

El objetivo del presente trabajo consiste en un mero acercamiento al tema de la introducción y desarrollo de la industria pesada en la Comunidad Valenciana, lugar que, en principio carecía de cualquier condición favorable para la instalación de una factoría siderúrgica: ni materia prima, ni mano de obra especializada, ni un mercado cercano. A pesar de ello el proyecto prosperó y el pueblo elegido fue Sagunto, situado a unos 20 km. al norte de Valencia.

Como ya hemos dicho la instalación de una industria siderúrgica en Sagunto no respondió a condiciones del propio desarrollo de la industria valenciana, sino que fue una iniciativa totalmente independiente a ella. Sagunto se encontraba lejos del mineral de hierro y más aún del carbón; no contaba con mano de obra abundante ni, por supuesto cualificada, ya que no existía tradición siderúrgica alguna en la zona; en toda la región no existía una gran industria de transformación que exigiera un consumo importante de acero. Su capital fue exclusivamente vasco, la provincia de Valencia se limitó a aportar los terrenos y una parte de la mano de obra menos cualificada. La Compañía Siderúrgica del Mediterráneo fue siempre un cuerpo extraño dentro del tradicional tejido industrial valenciano, ya que además no tuvo efectos multiplicadores. Quizás ello explique la relativa falta de interés que suscitó en Valencia una vez que se hubo instalado, y también el hecho de que hasta 1933 en realidad no fuera considerada como una empresa valenciana, sino como una empresa vasca con sede en Valencia.

Dentro de la economía valenciana los años de las décadas veinte y treinta son los de la consolidación de la agricultura competitiva, orientada sobre todo a cubrir la demanda exterior, especialmente Gran Bretaña, Francia y Alemania. El constante aumento de esta demanda exterior impulsará la modernización agrícola: uso de abonos químicos, perforación de pozos, instalación de motores de riego, construcción de embalses etc. El aumento de la superficie regada estará en estrecha relación con la expansión del cultivo del naranjo. La agricultura de la franja litoral del centro y norte

de la Comunidad Valenciana será el sector más dinámico de su economía durante el primer tercio del siglo XX. Esta agricultura absorberá no solo los beneficios obtenidos con la venta de la cosecha sino también parte de los recursos de las clases media y altas urbanas, las cuales comenzaran a ver la posesión de un huerto de naranjos como sinónimo de relevancia económica y social.

En 1930 la Comunidad Valenciana tenía 632.413 trabajadores dedicados a la agricultura y a la industria, lo que resultaba un 33,3% de la población total. De estos casi la mitad se dedicaba a la industria, los sectores industriales que agrupaban más población eran, por orden de importancia, la construcción, el textil, la madera y la metalurgia. Alicante, con un 18,5% de obreros industriales sobre su población total, presentaba una distribución geográfica dispersa. La provincia de Valencia presentaba un porcentaje de población obrera industrial del 16,7% y concentraba el 45,6% de ella en la capital. Castellón apenas contaba con un 9,4% respecto a su población total¹.

Una vez presentada la distribución industrial y agrícola de la Comunidad objeto de estudio pasaremos a observar cuales fueron las razones que condicionaron la decisión de invertir y tratar de desarrollar la industria siderúrgica en esta zona.

SAGUNTO, EL PUEBLO ELEGIDO

Como ya hemos anticipado, Sagunto carecía de cualquier condición favorable para la instalación en su término municipal de una factoría siderúrgica. En 1900 Sagunto era un pueblo dedicado exclusivamente a la agricultura y su máxima preocupación la constituía la permanente falta de agua y las catástrofes climatológicas.

En Sierra Menera, situada entre los términos municipales de Ojos Negros (Teruel) y Setiles (Guadalajara), existía una gran mina de hierro y los empresarios Sota y Aznar, enriquecidos con el comercio naviero y de la minería durante los años finales del siglo XIX, encargaron la elaboración de una memoria para conocer las posibilidades de rentabilidad. Dicha memoria, elaborada en 1898, no

¹ Estos datos han sido extraídos del libro de Eulalia Vega, *Anarquistas y sindicalistas durante la Segunda República*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987.

vio ninguna dificultad en su explotación, asegurando enormes beneficios en cuanto se hubiera construido el ferrocarril que comunicara la mina con el mar. En agosto de 1900 se constituía la Compañía Minera de Sierra Menera. Mientras se está construyendo el ferrocarril minero, todos los pueblos del litoral compiten entre sí ofreciendo las mejores ventajas posibles para ser el punto de llegada del mismo. Burriana, Benicasim, Canet y el propio Grao de Valencia, aspiran a ser el futuro embarcadero del mineral de hierro, pero la solución más económica fue aprovechar el río Palancia y una vez en la llanura litoral buscar el mar por el camino más recto. Tras varios años de trabajos y expropiación de terrenos, el 22 de junio de 1907 quedaba finalizada la construcción del ferrocarril. Pronto se comprobaría que la riqueza del mineral era inferior a la prevista y que los costos necesarios para su puesta en explotación eran superiores a los esperados.

Después de una corta crisis en 1908, debido a una recesión internacional y a la competencia de los minerales de otros países, la Compañía Minera de Sierra Menera atraviesa por su época dorada durante los años que van de 1909 a 1913. La guerra mundial supone un frenazo para su producción, a diferencia del resto de la minería de hierro española, lo que se explica por ser Alemania su principal mercado. Sin embargo, la guerra reportó enormes beneficios para la Naviera Sota y Aznar, pasando estos de 2.550.800 pesetas en 1914 a 35.119.900 en 1918. Sota, que venía acariciando desde hacía años el proyecto de integrar verticalmente todas sus empresas, ante esta buena coyuntura económica para el negocio siderúrgico y esta abundancia de dinero fruto de sus grandes negocios navieros, se decidirá a construir una siderurgia en las playas de Sagunto. A finales de 1916 contrata al ingeniero Frank C. Roberts para que proyecte y dirija la construcción de la fábrica. Las actuales compras y expropiaciones ya no se realizan sobre terrenos dedicados a la vid, el olivo o la algarroba sino que ahora, en los pocos años que median desde las últimas adquisiciones, mayoritariamente están dedicados al naranjo. Ello explica las mayores resistencias a la hora de vender, ya que se trata de un cultivo muy rentable, y tras la guerra se prevé su rápida expansión.

De la conjunción de Roberts y Sota no podía surgir más que un gran proyecto. Se pretende hegemonizar el mercado siderúrgico mediterráneo, en especial el italiano, y para ello se prevé la construcción de 4 hornos altos, 10 hornos de acero y una producción de 300.000 toneladas de acero al año. Estas cifras sobrepasan la capacidad de toda la siderurgia española y suponía colocarse en el

grupo de cabeza de la siderurgia europea, tanto por sus niveles de producción como por lo moderno de sus instalaciones. Pero varios factores echarán por tierra estas faraónicas previsiones. No se tuvo en cuenta suficientemente el que era el principal factor de localización de las industrias siderúrgicas, es decir, la cercanía de yacimientos hulleros. Los cálculos iniciales parecían ofrecer una fácil solución; dado que muchos barcos tendrían que ir al Puerto de Sagunto a cargar mineral, esos barcos llevarían hasta allí el carbón casi como lastre, con un flete insignificante. La utilización del carbón inglés, debido a su mejor calidad y precio, tuvo que cesar cuando se dictaron las normas que obligaban a consumir carbón nacional, lo que, unido al frenazo de las exportaciones de mineral de hierro por la crisis mundial, hizo que todo el esquema saltara por los aires. Por otro lado, la Italia de Mussolini muy pronto comenzó a desarrollar sus planes de construcción de siderurgias, igualmente integrales. A todo ello hay que añadir que el resto de siderurgias españolas estaban más adaptadas al pequeño mercado nacional y que su crecimiento había sido escalonado en función de sus necesidades, mientras que la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo nació ya totalmente sobredimensionada respecto a las posibilidades reales de colocar su producción.

En 1923 se encendía el primer horno alto. En 1924 se terminaban tres hornos de acero y se obtenía la primera colada de acero. En 1926 entra en servicio el horno alto número dos y ya funciona un tren de chapas, un tren comercial y una batería de cok. El balance es suficientemente revelador; 2 hornos altos construidos sobre cuatro previstos, 5 hornos de acero sobre diez previstos, y 150.000 Tm de laminados sobre 300.000 Tm en 1929, el año de máximos en todas las producciones de los diferentes productos.

La Dictadura de Primo de Rivera (1923-1931), con su fomento de las obras públicas, llegó en el momento justo para la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo (en adelante CSM), justo cuando estaba comenzando su puesta en explotación. Fueron años de euforia de ventas para todo el sector de la siderurgia española. En 1927 la CSM recibía la visita de Alfonso XIII. La crisis del 29 y la reducción del gasto público de los gobiernos republicanos acabaría con los años de vacas gordas.

Un aspecto en el que conviene insistir es en la falta de efectos multiplicadores sobre la economía valenciana. La adquisición de maquinaria y suministros en el periodo de construcción de la factoría se realizó en todo el mundo, allí donde los barcos de la Naviera llegaban. Cualquier compra,

desde la más compleja maquinaria, hasta los simples tornillos, se hizo, tramitadas desde las oficinas de Bilbao, allí donde más interesara. Tras su instalación se siguió la misma política. Quizás ahí estribe una de las razones de su aislamiento. De hecho, Valencia solo se preocupó del proyecto en sus orígenes, cuando se pretendió que el ferrocarril terminara en su puerto, y durante la Primera Guerra Mundial, cuando se opuso a que por su puerto se embarcaran productos agrícolas, lo que hubiese ido en perjuicio del propio puerto. El núcleo urbano del Puerto de Sagunto se convirtió en una isla industrial, desconectado no solo del conjunto de la economía valenciana sino incluso del propio Sagunto.

El municipio de Sagunto, que en 1900 contaba con unos 6.500 habitantes, pasó en 1920 a casi 10.500 y en 1930 a más de 20.000. La procedencia de la inmigración es variada, pero predomina preferentemente, y por orden de importancia, la provincia de Valencia (sobre todo las comarcas cercanas), Teruel (procedentes de los pueblos situados en la línea del ferrocarril minero), Albacete, Castellón, Almería (debido a que la Compañía Minera de Sierra Menera poseía las minas de la Sierra Alhamilla e hizo saber en aquella zona que en Sagunto había trabajo) etc. La mayor parte de esa población era jornalera y a pesar de que desde el principio se trató de que aprendiera los rudimentos de su nuevo trabajo, resultaba necesaria la presencia de mano de obra cualificada. Una gran proporción del personal directivo y de los sectores intermedios vinieron directamente desde Vizcaya. Su número respecto a la población total fue siempre reducido, en cambio su influencia fue enorme, pero hay que tener presente que el Puerto de Sagunto era un pueblo creado de la nada, y que no adquiriría su propia personalidad hasta mucho tiempo después. Sus habitantes, casi exclusivamente varones en un principio, estaban desarraigados, sin lazos familiares que les unieran a sus vecinos. Miguel Olmos dedica a este respecto el siguiente párrafo:

“Las influencias vascas en el nacimiento de la siderurgia valenciana, no solo se limitaron al plano económico, sino que fueron vascos también los primeros en llegar al Puerto de Sagunto y tomar las iniciativas para su configuración, sentando las bases socio-culturales del futuro núcleo urbano que iba a nacer al calor de los altos hornos. Fermín Atagoitia, por ejemplo, fue el que construyó las primeras casas Juan Omarementeria, el primer cine (el OMA actual) y una carpintería. El primer

ultramarinos fue de Ugarte, quien además dirigía la primera oficina del Banco de Bilbao en el Puerto de Sagunto².”

Dicha oficina, todavía se encuentra donde se instaló, esto es, en frente de lo que fueron las oficinas centrales de la Compañía. A espaldas de esas mismas oficinas, inserto dentro de un espacio interior, se sitúan “los chalets de los ingenieros”. La Iglesia y el colegio, construidos por la Compañía, adoptaron el nombre de Nuestra Señora de Begoña, la patrona de Bilbao y del Puerto de Sagunto. Las fiestas de ambas localidades se celebraban la misma semana de agosto y sus equipos de fútbol portaban, y portan, igual vestimenta; pantalón negro y camiseta rojiblanca. Otro deporte que pronto adquiriría gran popularidad en Puerto de Sagunto sería la pelota vasca.

LAS CONDICIONES DE VIDA

El referido aumento demográfico ocasionó a la población trabajadora problemas de todo tipo, principalmente urbanísticos, de vivienda, sanitarios y escolares. Los primeros que llegaron para trabajar en la CMSM fabricaron ellos mismos unas chabolas con las traviesas sobrantes del ferrocarril, instalándose sobre la hasta entonces virginal playa mediterránea. Más adelante algunos buscarán viviendas en Sagunto, donde residen los directores de la Compañía, en Canet y en las alquerías que se hallan diseminadas por toda la huerta. En 1907 aumenta de forma considerable el número de trabajadores y la empresa empieza a construir barracones en el puerto. Durante los años siguientes lo que más tarde sería el Puerto de Sagunto atraviesa por una fase que podemos denominar manchesteriana: crecimiento desordenado con carencia de cualquier criterio urbanístico, alcantarillas descubiertas que discurren por las calles, carencia todavía en 1911 de alumbrado y colegio etc. La autoridad municipal de Sagunto hará oídos sordos a las reclamaciones y será la empresa, bajo la presión de sus obreros, la que vaya cubriendo lentamente algunos de estos servicios. En 1911 Sota

² M. Olmos, *Breve historia de la siderurgia saguntina. La batalla de AHM*, Valencia, Fernando Torres, 1984, p.20.

emprenderá las labores de construcción de un colegio, que fue inaugurado al año siguiente y se encargará también de la instrucción de adultos, empleados, obreros, y sus familias.

Durante la década de los veinte, con la llegada masiva de nuevos contingentes de población, los problemas se agravan. El único criterio urbanístico es la alineación de casas (plano ortogonal) que va surgiendo. Al lado de cada nuevo “paso” o entrada a la fábrica aparecen rápidamente nuevas viviendas. El Puerto carece de cementerio, mercado, matadero y lavaderos.

Hacia 1926, y ante la pasividad del Ayuntamiento, en el puerto surge un movimiento segregacionista, al parecer fomentado por la empresa. El intento de crear un nuevo pueblo, llamado Puerto de Hierro, finalmente no fructificaría.

DISCIPLINA LABORAL EN LA FÁBRICA

Este tema ha sido muy tratado por los científicos sociales. En una sociedad rural la vida está fuertemente condicionada por los ritmos que marca la naturaleza. El horario de trabajo está en función de las horas de sol y de las tareas agrícolas a realizar según la estación del año. El trabajo no es contemplado como algo radicalmente individual, sino que en su realización suele colaborar toda la familia y toda la comunidad aldeana. La introducción del trabajo a domicilio o del “putting out system”, no altera substancialmente estas formas de vida tradicionales. Se trata de un complemento de los ingresos familiares y por lo tanto se realiza en aquellos periodos en que la tierra exige menos brazos.

Todo ello se alterará radicalmente con la introducción de un elemento nuevo en la organización de los procesos de producción; la fábrica. El desarrollo de las fuerzas productivas exigirá que se dé, en un proceso que varia en el tiempo según los países, este salto. La fábrica supone la concentración de todos los factores que intervienen en la producción, pero no sólo su concentración, ya que esta lleva aparejada unas alteraciones substanciales. La concentración de capital fijo supone la mecanización, fruto de los conocimientos científicos. La concentración de capital fijo acabará desembocando en la concentración de capital financiero, es decir, de fondos propios y también ajenos. A su vez también se concentra la fuerza de trabajo. La fábrica reunirá en un mismo espacio cerrado a gran número de hombres e integrará los diferentes procesos de trabajo descomponiéndolos y articulando unos con otros. Con el cambio de escala de las técnicas utilizadas, de las características de la mano de obra y del mismo espacio productivo, aparece la necesidad de disciplinas, de sistemas de vigilancia y control del trabajo hasta entonces desconocidas. Este nuevo sistema productivo supuso un gran choque para aquellos primeros miembros del éxodo rural.

Varios autores han seguido la línea de investigación abierta por Michel Foucault en sus estudios sobre el nacimiento del manicomio o la prisión, aplicándola al nacimiento de la fábrica. Uno de estos autores es Jean-Paul de Gaudemar. Según De Gaudemar³, la disciplina capitalista inicial conoció la aplicación de tácticas parciales de dominación ya utilizadas anteriormente junto a otras que eran totalmente innovadoras. Muchas de estas recetas ahora retomadas provenían de ámbitos como la familia, el ejército, el hospital y la escuela, y consistían, por ejemplo, en la fragmentación de las poblaciones y la división de las tareas, la organización panóptica del espacio, la jerarquía piramidal, etc. Los primeros industriales se mostraban desorientados ante este control de masa y es lógico que recurrieran a las viejas técnicas de coacción directa ya ensayadas en los ámbitos tradicionales mencionados. Estas técnicas serán introducidas en el nuevo espacio industrial, pero acabarán por mostrarse inadecuadas para las finalidades del sistema productivo capitalista y para la dinámica económica y social que engendran. Es por ello que acabarán por imponerse las nuevas formas de control social. Social y no sólo laboral porque muy pronto estas formarán parte del conjunto más amplio que suponen aquellas.

De Gaudemar diseña un marco teórico en el que distingue cuatro grandes fases de la disciplina laboral capitalista. Estos ciclos no se suceden de forma ordenada ya que unos cabalgan sobre otros, por lo que varios de ellos pueden darse de forma sincrónica en una misma sociedad e incluso en una misma empresa. Estas fases son las siguientes:

- ciclo panóptico: está basado en la disciplina militar y su técnica principal de control es la vigilancia. La disposición material de la fábrica, su arquitectura y equipamientos están diseñados en función del control visual de los trabajadores. El capataz debe encontrar al trabajador en el puesto que le ha sido asignado. Lo importante para la empresa es hacer trabajar el máximo de tiempo posible al máximo de gente posible y con los salarios más bajos, pero la planificación está en pañales y la productividad es un concepto desconocido. Llega un momento en que la disciplina directamente coactiva, al ir creciendo la fábrica, exige un personal cada vez más numeroso y gravoso, por lo que se plantea nuevas formas disciplinarias.

- ciclo paternalista extensivo: El patrón tratará de controlar la vida del obrero tanto dentro como fuera de la fábrica. Se trata de reducir en provecho propio los modos de vida populares, las costumbres, los hábitos de consumo y la moral. Es la época de las ciudades obreras, de la ciudad - fábrica, cuando se organiza la enseñanza patronal y otras instituciones encaminadas hacia la "moralización social". Este ciclo se da en Francia, según De Gaudemar, entre 1848 y 1890.

- ciclo de disciplina maquínica: la disciplina se objetiva e interioriza. Se objetiva pues en lugar de obedecer a un jefe, el obrero obedecerá al mecanismo impersonal de la máquina. Su ritmo de trabajo vendrá determinado por las exigencias de la productividad, un concepto éste que se convertirá ahora en central dentro del discurso y de la organización industrial. Además, el obrero interioriza las coacciones maquínicas, persuadido de que se trata de obedecer a la ciencia y no a un capataz. La

³ J.P. De Gaudemar, *La movilización general*, Madrid, La Piqueta, 1981.

máquina genera un proceso de autovigilancia, convirtiendo en anticuado el panoptismo. La producción en cadena asume el papel histórico de acabar con todos los lugares donde, en la fase panóptica se refugió la resistencia obrera. En Francia esta fase sería predominante de 1890 a 1936.

- ciclo contractual: los trabajadores delegan en asociaciones obreras, las cuales negocian y consensúan con la patronal la organización del trabajo. En realidad, estos delegados no participan en la decisión de los objetivos productivos, sino que son inducidos a controlar las condiciones de su realización y a asumir una parte de la responsabilidad. Esta fase implica la existencia de una aristocracia obrera que sirva a modo de interlocutor legítimo con el resto de trabajadores.

Como veremos, la CSM aplicó en un principio los métodos panópticos, pero muy pronto los combinó con los del segundo y tercer ciclo. Una vez comprobados sus resultados en otros países (las fechas de referencia de Francia nos indican este retraso), se aplicaron aquí de forma conjunta. El paternalismo resultó ser un método muy útil, como veremos más adelante. La disciplina maquina, necesaria por la propia naturaleza de la fábrica, fue copiada de la de otros países, en especial de Alemania y Estados Unidos. En este último país la corriente de moda a principios del presente siglo fue el taylorismo.

F.W. Taylor es el padre de lo que se conoce como Organización Científica del Trabajo (OCT). Se trata de aumentar el rendimiento de los trabajadores de forma notable aplicando al proceso de trabajo toda una serie de conocimientos obtenidos por las diferentes ciencias (física, fisiología, ingeniería etc.). Mejorar la adaptación del trabajador a la máquina supone descomponer el proceso de trabajo hasta sus más pequeños detalles, fijando los movimientos a realizar por el trabajador y el tiempo de cada uno de ellos. De esta forma se uniformiza el proceso de trabajo y se limitan al máximo los tiempos muertos. Además, se deben aprovechar los conocimientos tradicionales, la capacidad física y la destreza de los trabajadores, tratando de buscar el más apto en cada tipo de tarea. Por tanto hay un proceso de auténtica descualificación, ya que se restringe la habilidad del trabajador a trabajos parciales y repetidos. Todo ello ha de venir acompañado de un reforzamiento de la autoridad de capataces y supervisores, de una política de sanciones laborales y de la creación de un sindicato organizado por los propios patronos, justificándose ello con el argumento de que los intereses de la compañía son idénticos y solidarios con los de los obreros. Para que el trabajador tenga incentivos en incrementar la productividad se debe estar dispuesto a incrementar los salarios. Pero ambos nunca pueden correr paralelos o de forma proporcional en la realidad pues la competencia y la búsqueda de beneficios lo impiden. Igual que pasa en la economía clásica, en la cual se inspira el taylorismo, la mano invisible del mercado no basta para reducir los conflictos.

Posteriormente surgió una corriente con vocación de erigirse en contestación al taylorismo debido a su rígido utilitarismo y economicismo. La Escuela de las Relaciones Humanas (ERH), surgida en Estados Unidos en la década de los veinte, concedía mayor importancia a la capacidad de la empresa para motivar adecuadamente a los trabajadores para que se sintieran solidarios con la empresa por vía no salarial. Se estudió cómo afectaban los diferentes factores ambientales en el

comportamiento productivo, llegando a la conclusión de que un estilo de dirección abierto y una mayor participación de los trabajadores redundaría en una mayor productividad, en realidad, más que una alternativa excluyente al taylorismo, se trata de una doctrina complementaria. La ERH no alivia la dependencia del trabajador, sino que la refuerza. Por último, esa participación nunca afecta a los aspectos fundamentales del propio proceso de trabajo, ya que las condiciones de mercado exigen que los experimentos participativos no tengan otro fin que mantener o reforzar las posiciones competitivas de la propia empresa.

Existen otras muchas corrientes y escuelas, algunas de las cuales llegan hasta la actualidad, pero parece ocioso abundar más en esta dirección para lo que aquí nos ocupa. Tanto la evolución histórica de las formas predominantes de disciplina laboral observadas por De Gaudemar, como estas doctrinas de organización del proceso de trabajo, nos pueden servir de referentes a la hora de situar nuestro concreto estudio.

El paternalismo supone el ejercicio de la dominación argumentada bajo la promesa de la protección. La metáfora paternalista ha sido, y es, utilizada por muchas autoridades para reforzar la idea de que son solidarias con sus súbditos o empleados, que todas sus acciones están encaminadas hacia el beneficio de ambos y que la confianza plena en ella asegurará la obtención de las metas comunes. Pero se trata de un falso amor, como nos recuerda Richard Sennet⁴.

Para este autor, el paternalismo adquiere una particular relevancia en el siglo XIX. Una vez que el gran capitalismo había destruido las formas de vida tradicionales, éstas fueron idealizadas frente a la ruda vida coetánea. El pasado había sido una época amable en la que los jefes se preocupaban por sus subordinados y todo estaba dictado por las viejas costumbres de siempre. La familia era una institución estable y las relaciones humanas eran profundas y abiertas. Detrás de esta concepción latía el tradicionalismo religioso.

El trabajo no es una extensión natural de la familia, pero la conexión ideal entre el padre y jefe puede reforzar el control de ese jefe sobre la disciplina de sus empleados. En definitiva, se trata de legitimar el poder fuera de la familia mediante la invocación de los papeles desempeñados dentro de la familia. Se espera, si esa invocación funciona, que los subordinados sean leales, agradecidos y pasivos. Durante el siglo XIX se fundaron varias instituciones inspiradas en los principios paternalistas: hospicios, asilos, prisiones y fábricas trataron de “reformular” (ya no solo de castigar, como en el Antiguo Régimen) las personalidades de los internos. Dado que la familia, el ámbito de socialización primario, había fracasado, estas instituciones se colocaban en lugar de ella para lograrlo. El padre adoptivo se veía obligado pues, para tener éxito allí donde había fracasado el natural, a recortar la libertad del que se quería curar.

Jeremy Bentham diseñó su famoso edificio panóptico y muy pronto sus planos fueron adoptados en la construcción de varias cárceles. En Waltham, Massachusetts, se planearon fábricas

⁴ R. Sennet, “*El paternalismo, una autoridad de falso amor*”, en *Id.*, *La autoridad*, Madrid, Alianza Universidad, 1980.

en las que por la tarde se organizaban grupos de lecturas, conferencias y clases de Biblia para las trabajadoras. Los propietarios de las fábricas se comprometieron a proteger la moral de las muchachas mediante la construcción de dormitorios que permanecían vigilados por matronas durante toda la noche. Robert Owen, en su fábrica experimental de New Lanark, Escocia, se preocupó por mejorar moralmente la vida de sus obreros. Saint-Simon dispuso que en sus fábricas los dirigentes o “peres du travail”, igual que un padre de familia se ocupa de sus hijos, debían ayudar a los trabajadores menos capaces o más inexpertos a decidir lo que más les interesaba. Estos tres últimos ejemplos citados suponían una reacción a la ética económica individualista propia del capitalismo. Pero estas críticas fueron absorbidas a finales del siglo XIX por la propia dinámica de la economía, llegando incluso a resultar rentables. El capitalismo, en su fase monopolista, exigía la construcción de nuevas y enormes fábricas. Los patronos construían además las viviendas donde se alojaban sus trabajadores y las tiendas donde compraban lo necesario para su sustento. De esta forma, los empresarios adquirirían un control cada vez mayor sobre la vida de sus empleados, los cuales vivían, trabajaban y compraban en un ambiente creado por y para la fábrica. Estamos ante lo que De Gaudemar a definido como “modelo paternalista extensivo”, es decir, disciplinar el exterior para disciplinar la fábrica.

Tanto la CMSM como la CSM aplicaron en Puerto de Sagunto los mismos criterios que sus dueños habían aplicado en el País Vasco en lo que se refiere a la relación con la mano de obra.

Respecto a las estrategias paternalistas, cabe señalar que en estos años Puerto de Sagunto guarda similitudes evidentes con las ciudades-empresa propias de finales del siglo pasado en los países más desarrollados. La empresa es la que ha creado la ciudad y a ella pertenecen todas las instituciones sociales, desde la Iglesia hasta el colegio, pasando por la cooperativa de consumo o la Sociedad Musical “Sota y Aznar”. La mayoría de sus obreros son a la vez sus inquilinos, con lo que la renta es una forma de recuperar parte del salario pagado. La empresa muestra una especial preocupación por fomentar entre sus obreros ciertos valores morales y religiosos. Ni el Ayuntamiento ni el Estado cubrían lo que actualmente se denominan servicios públicos, y debía ser la propia empresa la que se cuidara de que en sus dominios existieran unas mínimas condiciones de vida.

La empresa no dudaba en hacer bandera de estas instituciones sociales. En el único documento de la propia empresa de que disponemos (se trata precisamente de un folleto publicitario editado en 1929) se puede leer lo siguiente:

“Anexas a la fábrica existen las distintas Oficinas general y de departamentos, y las Instituciones sociales que benefician al personal, compuesto de 4.000 hombres entre empleados y obreros. Consisten en una Sociedad de auxilios mutuos con secciones de enfermedad y defunción, un hospital con 30 camas, y una Cooperativa de consumo, una

escuela graduada y otra de Artes y oficios; la Iglesia, un barrio de chalets para Ingenieros y altos empleados, otro muy importante para obreros, etc.⁵.”

Toda esta organización parecía funcionar perfectamente, pero en 1930 confluyen dos elementos que serán nefastos para la empresa. Por un lado comenzarán a llegar, aunque todavía no de forma alarmante, los primeros efectos de la crisis del 29. Ello la obligará a reducir la producción, y a que se conceda, por fin, la vieja reivindicación de la jornada de ocho horas, pasando ese mismo año de doce a ocho horas diarias. El gobierno Berenguer, empeñado en contener el déficit presupuestario, dará un frenazo a la política de obras públicas, perjudicando así a todas las empresas siderúrgicas, lo que unido a la contracción del mercado mundial llevó a la CSM a una crisis de superproducción. Por otro lado, la efervescencia política y la reorganización del movimiento obrero que se experimentó en todo el país, afectó, como no podía ser menos, al Puerto de Sagunto. El asociacionismo político y sindical resultaba ya imparable.

Durante todo el año 1931 el Ayuntamiento de Sagunto empleará grandes sumas de dinero en tratar de paliar la situación social que atravesaba el Puerto de Sagunto, fruto de los despidos en cascada de ambas compañías (CMSM y CSM), con la confianza de que de esta forma se podrían evitar los conflictos de orden público. Se reparará la Acequia Mayor, se ofrecerá la posibilidad de embarcar frutas y otros productos agrícolas por el puerto, se socorrerá, por medio de la Comisión de Beneficencia del Ayuntamiento, a los obreros más necesitados, y se pagará el billete a familias enteras para facilitar el retorno a sus respectivos pueblos. El Ayuntamiento que solicitará dinero de Madrid y del Gobierno Civil, a partir del 1 de enero de 1932 ya no puede seguir financiando todas esas medidas pues se ha quedado sin fondos. En octubre de 1931 son despedidos más de 300 obreros de las dos compañías y los comerciantes se niegan a seguir fiando a los obreros. En Puerto de Sagunto y Sagunto muchos dudan de si ambas compañías carecen de pedidos o si en realidad están tratando de boicotear al Gobierno. El 27 de noviembre de 1931 se cierra el horno alto número 1 y el 1 de diciembre los 17 hornos de briquetas (que empleaba a 130 obreros), el horno rotatorio de nódulos

⁵ *Catálogo General. CSM*, Valencia, Tipografía moderna, 1929.

(88 obreros) y la fábrica de ladrillos refractarios (44 obreros)⁶. El 1 de marzo de 1932 la CMSM cerraba la explotación de sus minas definitivamente.

Durante 1932 la CSM va paralizando diversas secciones de la fábrica. La evolución de la producción total de acero es suficientemente indicativa: en 1930 se producen 152.047 Tm.; en 1931, 88005 Tm.; en 1932, 62451 Tm.; en 1933, 33060 Tm⁷.

La plantilla, que ya trabajaba cuatro días a la semana, a principios de 1932 deberá aceptar trabajar sólo tres, con el consiguiente descenso en sus jornales.

Desde que se dejaron sentir los primeros indicios de la crisis, la empresa, y en general todo el sector siderúrgico del Estado español, trató de presionar al Gobierno para que fomentara las obras públicas, creando así una demanda estable para su negocio. La política económica del Gobierno pasaba por una reducción del gasto público y por ello no cedió a sus pretensiones. En el caso de Sagunto, el Gobierno recibió un intento de presión añadido al de la propia Compañía. La Sociedad Unión Gremial, “integrada por el Comercio de esta localidad afectada por la crisis persistente”, dirigió el 28 de marzo de 1932 al Presidente del Consejo de Ministros una serie de peticiones “que aparte del interés moral y material que en ellas se encierran, favorecerían de una manera franca y favorable al Régimen, de los Señores Ministros que componen el Gobierno, y tenderían a la vez a evitar de una manera categórica posibles estallidos de carácter social”. Entre las peticiones se encuentran las que se refieren a la realización de obras públicas de carácter nacional (“construcción inmediata del puente del Guadalquivir adjudicado a esta Siderúrgica lo que representaría trabajo para 150 obreros de talleres durante un año”, la terminación de la línea de ferrocarril Cuenca-Utiel, etc.), y otras que se refieren a obras públicas locales (un paso a nivel, una carretera, alumbrado, abastecimiento de aguas, etc.). Pero las peticiones hechas al Gobierno no prosperaron lo que determinó que los acontecimientos se precipitaran y los despidos continuaron. En realidad el 22 de julio de 1933 la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo cerraba sus puertas.

⁶ Datos extraídos del libro de M. Girona, *Minería y siderurgia en Sagunto (1900-1936)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1989.

⁷ *Historia de la industria siderúrgica en Sagunto* (folleto), p.9.

Varias fuentes bibliográficas coinciden en fijar en 900 el número de despedidos ese día. No obstante, en un comunicado enviado el 28 de julio por el Gobernador Civil al Ayuntamiento de Sagunto se transcribe íntegramente un telegrama enviado por la Compañía al Gobernador en el que se da una cifra total de despedidos de 1100. En este mismo telegrama la empresa justifica la medida por falta de primeras materias y por la delicada situación financiera que atraviesa. Además, indica que deseosa de complacer al Gobierno, no ha efectuado despidos en los talleres de calderería y ajustaje y algún otro departamento, ocupando en total unos 600 trabajadores.

Comenzaba ahora un éxodo sin precedentes en la comarca. En pocas semanas más de 3000 personas volvían a sus lugares de origen. Habían acudido, la mayoría hacía pocos años, con la esperanza de tener un salario fijo y estable. Muchos habían venido de la España rural atraídos por lo que se decía de aquel pueblo, que había colegio para los hijos, y una cooperativa, y un cine, y todas las cosas que uno podía desear. Una empresa tan grande no podía caer nunca, así que los hijos tendrían su futuro asegurado pues se irían colocando en ella conforme se fueran haciendo mayores. Imaginamos los miles de castillos de naipes que esos días acabaron siendo derribados por culpa de una misteriosa crisis, una crisis que había comenzado en una gran ciudad al otro lado del charco hacía ya cuatro años y que nadie sabía cuando y cómo iba a parar.

HACIA LA SOLUCIÓN

Apenas se conoció la noticia se formaron dos comisiones, una interministerial, nombrada por el Gobierno, y otra integrada por obreros, concejales y diputados. Esta última se desplazará a Madrid y visitará a todas las autoridades imaginables tratando de presionar para que se alcanzara una solución. La finalidad era conseguir un pedido que permitiera reanudar la actividad en la Compañía. La potente siderurgia vasca, también en situación de crisis, tratará de hacerse con una parte de ese pedido, lo que será motivo de una controversia muy áspera entre la prensa valenciana y vizcaína. Esta controversia se acentuará cuando Indalecio Prieto, exministro de Obras Públicas y diputado por Vizcaya, se manifieste a favor de un reparto con Vizcaya de este pedido. Además, todo ello tuvo

lugar durante las semanas previas a las elecciones generales que acabarían dándole el triunfo a la derecha, lo que ayudó a agravar la situación. Por una parte porque retrasó la solución definitiva. Azaña había prometido a la comisión saguntina que se haría un pedido de doce mil toneladas de carriles para la CSM. El proyecto fue aprobado en el Consejo de Ministros, pero cuando estaba a punto de ser sometido a su deliberación y aprobación en las Cortes estalló la crisis de Gobierno, retrasándose así durante casi dos meses la solución final.

El crédito de diez millones de pesetas sirvió para adquirir 25,000 toneladas de carriles, unos carriles que el Estado no necesitaba porque la crisis impedía la construcción de vías férreas. El 9 de noviembre de 1933 el Gobierno anticipaba dos millones de pesetas. La fábrica volvía a ponerse en marcha.

No todos los trabajadores serían readmitidos una vez que la empresa recibiera la ayuda gubernamental por vía de los mencionados pedidos. Al parecer la marcha continuó “medio normal, medio no normal”. Las medias de producción, tras la mencionada ayuda, se mantuvieron en unos niveles mediocres. La comisión Pro-Reapertura de las Minas y Ferrocarril realizó varias gestiones durante meses, pero se trataba de un objetivo imposible de alcanzar dada su falta de rentabilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Gaudemar, J. P. de, *La movilización general*, Madrid, La Piqueta, 1981.
- Girona, M., *Minería y siderurgia en Sagunto(1900-1936)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1989.
- Olmos, M., *Breve historia de la siderurgia saguntina. La batalla de AHM*, Valencia, Fernando Torres, 1984.
- Pérez Puchal, P., *La industria del campo de Sagunto*, Caja de Ahorros de Sagunto, 1968.
- Rodríguez Aramberri, J., *Sociología contemporánea. Ocho temas a debate*, Madrid, Siglo XXI, 1984.
- Sennet, R., *La autoridad*, Madrid, Alianza, 1980.
- Vega, E., *Anarquistas y sindicalistas durante la Segunda República. La CNT y los sindicatos de Oposición en el País Valenciano*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987.
- VV. AA., *Historia del Pueblo Valenciano, núm. 40 a 44*, Valencia, Levante, 1988.
- VV. AA., *Sagunto: Crónica de 100 años (1875-1975)*, Caja de Ahorros de Sagunto, 1988.

FUENTES MANUSCRITAS

Historia de la industria siderúrgica en Sagunto (folleto).
Catálogo general. CSM, Valencia, Tipografía moderna, 1929.